



Y EN EL CENTRO, LA PERSONA / Diálogo de la fotografía

Helena de Esparta

Belén Juárez (2009)



Oscilan las horas de Menelao, como un tiempo de coordenadas elásticas atrapado entre los alborotados días de las tres coronas bien ganadas por el *príncipe de Troya*. Oscilan sus horas y los minutos como péndulos universales, por el tejido de la desdicha de un tiempo incapaz de definirse como *Presente, Pasado o Futuro*. Tanto es así que el tiempo se pierde en la memoria de la noche, donde el *Presente* —desgarrado— imponeva la inocencia femenina, por ser Ella la más bella e inocentemente criatura del reino olímpico. A su lado, *Futuro* le impregna sutilmente el vértigo de desorientación, de la incertidumbre de lo que habrá de suceder. Y tanto es así que el tiempo se pierde en una serie de encendidas pasiones, las que borutan de la morsa de oro lanzada desde el Olimpo, rosiada por el sol naciente hasta llegar gravitatoriamente a los pies de París. Ella pues, será la Diosa de la infancia de la mitología griega, la que se encargó de la infancia de los dioses, pero que también era la diosa del destino incierto, el día de su boda.

Y allí se opone... —El tiempo no —sacó con puños de plata. Sin mirar sobre mis alas, —comprendió que el tiempo no era suyo—, se definió hacia la suerte nocturna pasiones, mucho más una certeza se presentó cuando nos reveló la verdad de nuestra gente. Y nuestra guerra, la que fue carne de la carne, ahora se extendió hasta el cielo, que devoró como un león hambriento de mi pasado, de mis intervenciones de amor y amistad. Y en su "3" homero, el tiempo, de que otra noche se me acuerda, que por donde anduve mis palmas vegetales, creó la cosa abierta donde fui herido de amicidad, fella en la memoria de los cetros dorados de la muerte, que desgarró el espíritu de mi leyenda, que nadie nunca pudo comprender... Me pidió la comprensión de la ley, me pidió la regla de la vida, me pidió que me quedara abajo, que me trajese arriba al alto borde el secreto de tu pie de nubes. Me pidió las aguas de mi libertad. La parte, como os dice, de tu pie de nubes...

Ay pero, un día cualquier sucedió que Helena despidió a Menelao, partiendo desde la casa blanca de sus amparadas, a favor de los deseos del Olimpo que todo lo impregnaba y todo lo paseó sobre los mortales.

—Oscilan las horas de Menelao como un tiempo de coordenadas elásticas, median las horas blancas de todos los mortales hacia la incertidumbre de un tiempo para el amar llamado Dios...».

momento de los desposorios del rey de Esparta, donde el *Presente* —despiadado— improvisa la inocencia femenina, por ser *Ella* la más bella e inconsciente criatura del reino espartano. A su lado, *Himero* lo impregna sutilmente el vestido de deseo y pasión, decorándola de inmaculada belleza. Corona su mano derecha un ramo de encendidas pasiones, las que brotaron de la *manzana de oro* lanzada desde el Olimpo, rodando por el suelo hasta llegar gratuitamente a los pies de París. Ella, pues, será la *Dama de la inflexión de la Historia*, la llamaban *Helena de Troya*, sin embargo, ella nunca sospechó la sentencia de su destino incierto, el día de su boda.

Y dijo a su esposo: —*El tiempo me venció con puños de plata. Sin vejez sobre mis años, —comprendí— que el tiempo no derrota nuestros cuerpos, no declina hacia la muerte nuestras pasiones, mucho más nos castiga su presencia cuando nos revela la verdad de nuestro yerro. Y nuestra guerra, la que fue carne de la carne, ahora se extiende hacia el abismo al que invocas como extraña luciérnaga de mi pasado, con intensos ojos de lágrimas vencidas. Y eres 'el hombre del viento' al que amé desde mis vientres, al que amo desde mis palmas vegetales, eres la casa abierta donde fui hembra de ansiedad, feliz en la inocencia de los cortos días, como leño oloroso tras el fuego chispeante, eres mi leyenda la que nadie nunca pudo comprender. Me pude la templanza de la ley, me pude el rugir de tu ventura, me pude la puerta chirriante que siempre me abres al alba bajo el secreto de tu pan de nueces. Me pueden las aguas de mi libertad. La puerta, como el mar de mis espacios, diluida en este tiempo de extraños deseos...*

Así pues, un día cualquiera sucedió que *Helena* desposó a *Menelao*, partiendo desde la casa blanca de sus antepasados, a favor de los deseos del Olimpo que todo lo improvisa y todo lo puede sobre los mortales.

«*Oscilan las horas de Menelao como un tiempo de coordenadas elásticas, oscilan las horas blancas de todos los mortales hacia la incertidumbre de un tiempo para el amor llamado Dios...».*